



Revelaciones inagotables: Caso La Cantuta

Autor(a): Patricia Wiese Risso

Perú

07-04-2011

*A principios de esta semana el diario La República distribuyó gratuitamente 80 mil copias del documental **La Cantuta En la boca del Diablo**, producido por TV Cultura y dirigido por Amanda Gonzales. A las 11:30 a.m. de ese mismo día, las copias se habían agotado, no solo por el entusiasmo del público sino porque todo indica que hubo una compra masiva por parte de los simpatizantes fujimoristas para impedir su difusión y que se rememore la vesania, en estos momentos terroríficos en los que la hija del responsable de este crimen puede ser la futura presidenta del Perú.*

Sea esto cierto o parte del mito, el documental es demasiado contundente para ser acallado y vuelve sobre un caso que ha marcado la historia del Perú, y por el que Fujimori está entre rejas (doradas).

Personalmente pensaba que ya se había dicho todo sobre el caso La Cantuta, pero me equivoqué de cabo a rabo. La mirada de Edmundo Cruz es penetrante y *biónica*. A través de ella escudriñamos el caso y conocemos a los protagonistas que develaron el misterio.

¿Pero quién es ese periodista despeinado, encorvado, de andar inseguro que más parece un burócrata de ministerio salido de algún cuento de Ribeyro? Es uno de los mejores periodistas de investigación, pero él no se la cree. Siempre ha mantenido un perfil bajo y las innumerables veces que su vida ha corrido peligro son para él *gajes del oficio*. En este documental queda patentada su acuciosidad, su tenacidad, su perspicacia y su enorme memoria. El hombrecito de la triste figura se hace grande mientras trata, con esfuerzo, de escalar la quebrada acompañando a los personajes que reconstruyen la historia.

Dieciséis años después, Edmundo Cruz recorre los pasadizos del Congreso para encontrarse con el entonces presidente de la Comisión Investigadora del Caso La Cantuta, Roger Cáceres Velásquez, quien, por única vez, estuvo a la altura de las circunstancias. Juntos recuerdan el momento en el que abrieron un sobre que el congresista había recibido, y del que emana un olor a huesos. De su interior extraen un croquis dibujado en papel cometa color amarillo, donde aparece la ubicación exacta de la fosas en las que fueron enterrados los estudiantes y el profesor.

Dieciséis años después, Edmundo Cruz toca el timbre del local de Instituto Prensa y Sociedad para hacerle recordar a Ricardo Uceda, presidente de esa institución y

entonces director de la revista *Sí*, cómo y por qué decide publicar el croquis y la consecuencia de esta decisión que termina con su renuncia al cargo que ocupaba. Presiones fuertes y agresiones violentas recibieron todos los que develaron el caso. Un momento impactante es cuando el colega de Edmundo Cruz, José Arrieta, especialista en desentrañar el funcionamiento del sistema de inteligencia montado por Montesinos, le cuenta que un día llegó una corona fúnebre a nombre de su hijo al Nido donde estudiaba. En la tarjeta se leía: "Rodrigo Arroyo, que en paz descanse".

Otro momento memorable del documental es el encuentro, en ese cerro polvoriento donde ocurrieron los hechos, entre Edmundo Cruz y Justo Arizapana, el hombre clave de esta historia. Un ex militante de izquierda radical, medio lumpenizado, al que tenemos mucho que agradecerle. En ese entonces, Arizapana se ganaba la vida como reciclador en un basural de Cieneguilla. Una madrugada, mientras descansaba encima de unos cartones, lo vio todo. Supo que los hombres que cavaban las fosas eran militares. Se acercó al lugar e introdujo la mano en la tierra removida hasta que sacó un fémur. Tuvo el coraje de dibujar el croquis y asegurarse que fuera publicado. Después debió salir del país y fue olvidado, hasta que la pantalla nos lo devuelve íntegro.

Imágenes de archivo reconstruyen la época. Las hemos visto mil veces en noticieros y reportajes pero acá alcanzan otra dimensión, como las que muestran a los fiscales, liderados por Víctor Cubas, mientras van abriendo los armarios en la residencia estudiantil de La Cantuta, con las llaves encontradas junto a los restos de las fosas. La prueba es contundente.

Dieciséis años después, Edmundo Cruz conversa con Raída Cóndor, cuyo testimonio hemos escuchado innumerables veces, pero que nos vuelve a conmover cuando cuenta que durante el año en el que no supo el paradero de su hijo, soñaba con él todas las noches. Armando Amaro Cóndor se le aparecía, estaba cubierto de tierra. Conversaban largamente, y solo dejó de hacerlo el día que encontraron sus restos.

Entre rumas de archivos ordenados con meticulosidad sobre una gran mesa, somos testigos de la conversación entre Edmundo Cruz y el fiscal Avelino Guillén, quien tuvo un papel protagónico en el juicio a Fujimori. Ambos comparten esa fascinación por las pruebas y los documentos que las acreditan. También coinciden en una cosa: a pesar de los enemigos poderosos que se han ganado, lo volverían a hacer.

Al final, Edmundo Cruz pasea por la Universidad La Cantuta, acompañado de Gilbert Calvo, quien vivía con los nueve estudiantes en la residencia universitaria. Calvo pasó doce años en Canto Grande, por una venganza. No le perdonaron haber declarado en 1993, cuando lo llamaron como testigo, que fueron militares los que secuestraron a sus compañeros que dormían tranquilamente ese 18 de julio de 1992. Debido a ello, lo siguieron, lo detuvieron y lo acusaron por apología del terrorismo: le encontraron una lectura de Marx que era obligatoria en uno de los cursos que llevaba.

Felizmente, el documental está colgado en la web. Funciona como una memoria fílmica para que no se olvide quién es quién. No lo podrán desaparecer ni siquiera si, luego de la segunda vuelta, la dinastía vuelve al poder.